

A vintage movie poster featuring three men in jungle attire. They are wearing light-colored, short-sleeved button-down shirts with dark collars and cuffs, light-colored trousers, and wide-brimmed hats. They are holding revolvers. The background is a solid, vibrant red. The title 'La Jungla en armes' is written in a large, stylized, white-outlined font across the middle. On the left, the names of the cast members are listed in a cursive script. In the bottom right corner, there is a circular logo for the publisher.

Gary Cooper

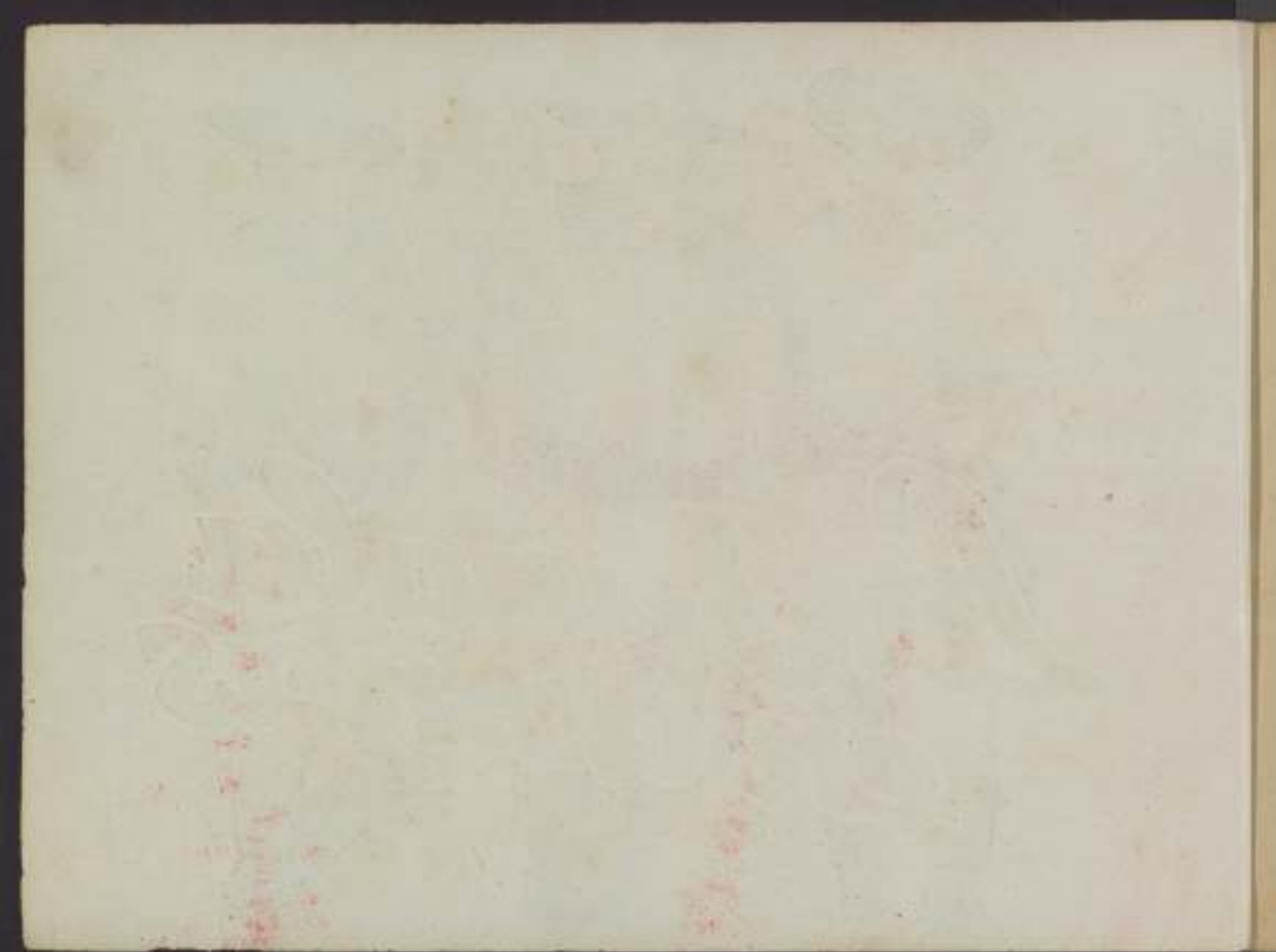
Andrea Leeds

David Niven

Reginald Owen

La Jungla en armes

Éditions
1nta
Bistagne



La jungla en armas

Película de acción y emoción

Dirección

HENRY HATHAWAY

Producción

UNITED ARTISTS

Distribuida por

LOS ARTISTAS ASOCIADOS



Principales intérpretes:

GARY COOPER - ANDREA LEEDS - DAVID NIVEN - REGINALD OWEN

EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — BARCELONA

LA JUNGLA EN ARMAS

SINTESIS DEL ARGUMENTO

Los malayos, al mando del cruel y terrible Alipang, seotaban sin descanso un archipiélago del Pacífico, saqueando pueblo tras pueblo y asesinando a sus pobladores, dispuestos a llevar a cabo su propósito de fundar el sultanato. Precisamente, en aquellos difíciles momentos, el Alto Mando norteamericano decidió retirar las tropas nacionales de Maiaang, centro de la región de los malayos, dejando de guarnición a un ejército de nativos para cuyo mando e instrucción envió al coronel Hatch, asistido por un corto y escogido grupo de jefes y oficiales. Tales fueron las órdenes del general del Estado Mayor; pero, en realidad, había obstáculos casi insuperables para su puesta en práctica y, lo que se amañaba como una prueba decisiva, más parecía un suicidio. Las tropas indígenas aun estaban en período de instrucción y Alipang se había refugiado en los bosques con millares de hombres, aguardando la marcha de los americanos para hacer una carnicería.

El coronel Hatch llevaba ya varias semanas en Maiaang y combatía con todas sus fuerzas al peor enemigo de los isleños: el miedo a los malayos, aunque sin frutos positivos, cuando el último de los individuos de la colonia militar que tenía que permanecer allí hasta acabar su obra, el teniente médico Bill Canavan, desembarcó portador de un sorprendente equipaje, compuesto de una jaula con ratas y unas orquídeas, y seguido de Miguil, un muchacho malayo con el que había trabado amistad en la gasolinera que le condujo al poblado.

Los tenientes MacCool y Larson no pudieron dar crédito a sus ojos al verle llegar. La suerte los había vuelto a reunir y se empeñaba en demostrar que eran inseparables. Recibieron con alegría los curiosos regalos de Canavan y, alabándole los "encantos" de su nueva residencia, le acompañaron a hacer su presentación al jefe del puesto.

Alipang había decidido algo que dió al traste esta presentación. Haciendo un arma del fanatismo de sus secuaces, explotaba a éstos y les inducía a cometer asesinatos, prometiéndoles el paraíso. Estos individuos, llamados "juramentados", no retrocedían ante la muerte ni el dolor físico y... nunca fallaban al cabecilla.

El enviado para poner fin a la vida del coronel salió del río empujando un afilado yatagán y saltó al patio de instrucción lanzando estridentes gritos. Los revólveres de los oficiales hicieron fuego, sin lograr detenerlo, y cuando se arrodillaron junto a su jefe éste agonizaba. Y todas las balas de Canavan habían hecho blanco.

MacCool y Larson capturaron a dos malayos en el bosque, pero el capitán Manning, que se había hecho cargo de la dirección del fuerte, ratificó las órdenes del coronel, que impedían alejarse de la población bajo ningún pretexto.

El inesperado y rápido asesinato del coronel arrojó a los supervivientes a dar fin cuanto antes a su tarea y el período de instrucción se intensificó bajo la experta dirección del capitán Hartley. Canavan, no pudiendo acallar sus deseos de hacer experimentos de psicología aplicada, chocó pronto con el capitán instructor, inmiscuyéndose en sus atribuciones, lo que originó una tirantez de relaciones entre ambos.

Las horas libres de servicio las pasaban los tres amigos gratamente, haciéndose objeto de continuas bromas. Los días transcurrieron. Datu, mercader malayo, aprovechándose de su libertad en el fuerte, era un instrumento perfecto para llevar adelante las maquinaciones de Alipang y, mediante un golpe de mano, se apoderó del rifle de uno de los centinelas y lo llevó al reyzeruelo, incitándole a la conquista de los demás. Mas era necesaria la cautela; los americanos eran de-

masiado fuertes para atacarles abiertamente y optaron por enviar a otro juramentado con el encargo de asesinar al capitán Manning.

En ocasión de la llegada del barco que hacía el servicio uniendo las islas del archipiélago con sus viajes, Canavan se dirigió al puerto a presenciar la destarga de los víveres y medicamentos necesarios para abastecer el fuerte. MacCool y Larson se reunieron con él para comunicarle las importantes noticias llegadas en el barco, pero pronto se olvidaron de ellas. La señora Manning y Linda, hija del capitán Hartley, desembarcaron, siendo causa de una rivalidad entre los tres amigos, que deseaban conquistar el amor de Linda, y no perdían el tiempo.

La estancia de las dos mujeres en Maisang tenía que ser de corta duración. Los sucesos lo aconsejaban así, a pesar de sus protestas. Hartley tenía otro motivo: una antigua herida en la sien hacía inminente su muerte y quería ocultarlo a Linda. Organizó el puesto un baile en la residencia de oficiales y Linda empezó a darse cuenta de que su corazón se inclinaba en favor de Canavan.

El baile tuvo un rápido y funesto desenlace. El juramentado, fingiendo ser un metrazador, guiado por Datu, atacó a Manning y lo mató ante su esposa. Por segunda vez en poco tiempo la bandera del fuerte se puso a media asta y el mando recayó en el capitán Hartley, el cual, para evitar toda preocupación, ordenó que nadie se alejara del fuerte y otra serie de medidas destinadas a hacerlo inexpugnable.

La señora Manning y Linda tenían que partir dos días más tarde. Su amor a Canavan había crecido a raíz de la muerte de Manning y los consejos de la viuda decidían a Linda a quedarse en Maisang, aun a riesgo de contrariar los deseos de su padre, empeñado en que regresara a San Francisco. No sólo su amor era el que la inducía a seguir allí, pero también otra circunstancia: Canavan se había marchado a la selva con Miguel, su amigo malayo, en calidad de guía.

Esta desobediencia del médico era algo que había harruntado Hartley desde hacía tiempo. Canavan, tras de una conversación con el padre Felipe, adivinó que únicamente había un medio para combatir el miedo que dominaba a los isleños instruidos por ellos y que los incapacitaba hasta tal punto que jamás podrían valerse por sí mismos.

La selva se les ofreció erizada de mil peligros, que pudieron esquivar gracias a la destreza de Miguel. Así estudiaron las trampas colocadas por los malayos para hacer perecer a los audaces que trataran de aproximarse a su campamento, y llegaron a éste por la noche, en el preciso instante en que Alipang preparaba a un juramentado para que matase a Hartley. Puestos de acuerdo rápidamente, Miguel y Canavan siguieron y se apoderaron del juramentado y, mientras el chiquillo luchaba para terminar de sujetarlo, el médico se vió obligado a retroceder unos pasos y hacer frente a tres malayos que les habían descubierto. Canavan, con una sangre fría admirable, cortó de un disparo la cuerda del centro de un puente colgante en que se hallaban al hchar, librándose de esta manera de sus inoportunos enemigos, que cayeron al abismo y salvándose milagrosamente él.

Se les tributó una acogida triunfal, pues temieron todos que hubieran perecido en la jungla, pero Canavan no perdió el tiempo en dar explicaciones. Enterado de que los malayos, por motivos religiosos, tenían un espanto cerval a entrar en contacto con una piel de cerdo, ordenó a Yabo, el teniente indígena, que se procurase una micetras MacCool y Larson hacían arrodillar al juramentado. Cuando estuvo gimoteando a los pies de los oficiales y se demostró su estúpido pavor, que sirvió para borrar el de los soldados de Maisang, intervino Hartley y afeó la conducta de Canavan, sin hacer caso de que le hubiera salvado la vida, cominándole a que no se volviera a alejar del fuerte; en caso contrario, sería arrestado.

El médico, al salir de esta entrevista, se encontró con Linda y ambos, aunque no cambiaban muchas palabras, comprendieron que su amor era indudable, y que jamás podrían separarse. Esta verdad dió fuerzas a la joven para dominar la insistencia de su padre en que tomase el barco y le convenció de que se quedaría en Maisang, costara lo que costase.

Datu, mientras tanto, comunicó a Alipang el fin de su juramentado y la reacción de los soldados del fuerte, los cuales, en adelante, los considerarían como a seres despreciables.

Alipang quería atraer a la selva al enemigo, pero Datu le dijo que no lo lograría.

—Sí... ya vendrán. Vendrán a la selva—aseguró el re-
nacido.

Pocos días después, los habitantes de Maisang advier-
ron con sorpresa que el nivel del río bajaba rápidamente.
Nadie podía explicar el motivo de la sequía, ni los mismos
oficiales, a los que acudieron en demanda de auxilio. Pero
Datu se encargó de comunicarles que los malayos de las
montañas habían puesto un dique al río.

La noticia era terrible: sin embargo, Hartley siguió firme
en su idea de no ir a buscar el enemigo en la selva. Ordenó
que los habitantes usaran el pozo antiguo del puesto y que
se destilara agua del mar. Pero la alarma había cundido y
logró lo que hasta entonces habían procurado conseguir sin
resultado los oficiales: los isleños estaban dispuestos a pe-
lear por la vida de sus familias y por la de ellos mismos.
Canavan fué con esta embajada a Hartley, quien se negó en
redondo a acceder, dando pie a una violenta discusión con
el médico.

—Luchan por su existencia y nada debe impedirles que
lo hagan... Si le consienten a usted esta negativa es que son
un puñado de estúpidos—exclamó el médico.

—¡Canavan!—gritó el capitán—. Queda arrestado por
insubordinación.

Pronto se tuvo que arrepentir el jefe del puesto de su
indecisión a la que Canavan titulaba pavor. Los habitantes
del poblado, obligados a consumir el agua del pozo en unas
condiciones higiénicas espantosas, perdieron su valor y su
alegría. Finalmente, llegó lo que Canavan había predicho a
sí mismo: la desmoralización creció como mala yerba, agra-
vada por un incidente terrible.

Se produjo una cruel epidemia de cólera que precipitó
los acontecimientos. Hartley libertó del arresto a Canavan,
que emprendió una denodada lucha contra el terrible mal,
poniendo en práctica una serie de medidas de excepción,
sin tener consideraciones de ninguna clase a todas las súpli-
cas que se le hacían.

Mandó que fueran quemadas las chozas infectadas, que
se cerrara el pozo y que se esterilizaran con cal viva los
utensilios que servían para hacer la comida. El trabajo
era agobiador. Día tras día combatía la epidemia sin con-
seguir atajarla. Los enfermos llenaron el hospital y se vió

obligado a habilitar la residencia de oficiales para poder
asistirlas. Linda, a la que Canavan había vacunado contra
varias enfermedades al decidir quedarse en la isla, ofreció
su ayuda y fué aceptada inmediatamente. Se necesitaban to-
dos los brazos hábiles del poblado, regidos por cerebros que
no se asustaran fácilmente.

Sólo había un remedio para domar el azote. Era im-
prescindible que el río tornara a deslizarse por su cauce
normal. Hartley lo comprendió, al fin, así, enviando una ex-
pedición a las montañas para volar la presa. Cuando Larson,
encargado de la dirección de la partida, estrechó las manos
de sus amigos y Canavan convenció a Miguel de que le
debía acompañar, el corpulento teniente, fija su mente en
su pasión favorita, exclamó:

—¡Qué orgullosas voy a traerme cuando vuelva!

—¡Ojalá no sean lirios!—exclamó MacCool.

Estas frases parecieron resultar proféticas. Pasaron dos
días sin tener noticias del teniente y sin que una gota de
agua apagara la sed de los resacos labios de los isleños. Todo
auguraba un próximo y desgraciado fin. Hasta el mismo Mac-
Cool, continuamente alegre, se sintió irritado y preocupa-
do por esta falta de indicios y fué a pedir una explicación
a Hartley. No obteniendo el resultado ansiado de esta entre-
vista, se preparó para ir a la selva en busca de su amigo.
Pero, en cuanto pisó el umbral de su habitación, rodó por
los suelos víctima del cólera.

Canavan, auxiliado por Linda, pudo diagnosticar que la
salud y la fortaleza del teniente triunfarían de los embates
de la enfermedad.

—No ha nacido microbio que pueda con él...—dijo.

Al darse la vuelta y al mirar a Linda, con quien estaba
hablando, vió que la joven dormía profundamente, agobiada
por el cansancio de dos días transcurridos sin un momento
de reposo. La tomó en sus brazos y la transportó a su pa-
bellón. Después de cubrirla con un mantón, la contempló
reflexivamente durante unos minutos, comprendiendo que el
amor de una mujer como aquella valía todos los sacrificios
del mundo.

Hartley necesitó ser tranquilizado por el médico, pues
había presenciado cómo éste llevaba a su hija Linda en
brazos. Tras de unas secas palabras, Canavan quiso alejarse,

regresando a sus quehaceres, pero el capitán le reinvo, simulando no percatarse de su gesto de desagrado. Tomaron asiento en la escalera y Hartley confesó al médico que se estaba quedando ciego y deseaba avisar al Ministerio de que había fracasado.

—Usted no ha fracasado. Se ha dado por vencido. Está dominado por el miedo, igual que lo estuvieron sus hombres. ¿Por qué no deja de compadecerse a sí mismo y hace usted algo? No hace falta un ejército, hace falta agua corriente.

Datu, que había estado escuchando a hurtadillas de ambos, intervino y estuvo a punto de descubrirse al asegurar que la expedición de Larson no regresaría jamás. Canavan calló la pregunta que iba a brotar de sus labios y corrió al encuentro de unos hombres que cargaban a Miguel. La aventura de Larson había tenido fin en una emboscada, muriendo todos los componentes de la tropa.

Mientras asistía al muchacho, éste murmuró unas palabras que denunciaron la traición de Datu, el cual había dado muerte a Larson por su propia mano. Velocemente, y sospechando lo peor, Canavan buscó al capitán Hartley y en el cuerpo de guardia le informaron que había salido con treinta y dos hombres, Datu, como guía, y varios malayos, portadores de la dinamita con que intentarían volar el dique.

Canavan animó a MacCool, a quien sacó de su sopor, a que se hiciera cargo de la jefatura del fuerte, mientras él se dirigía a salvar a Hartley. Convenientemente armado, siguió las huellas de la tropa por el cauce del río y pudo comprender que el plan del traidor era hacer caer a los soldados en una emboscada. En efecto, Datu, empleando la astucia y apoyándose en la confianza que el capitán había depositado en él, se apartó del río y avanzaba directamente hacia el campamento de Alipang.

Canavan, en sus deseos de acortar el camino y llegar a tiempo para evitar una muerte cierta a sus compañeros, descubrió el lugar en donde había perecido la expedición capitaneada por Larson, el cual estaba enterrado y con la cabeza al descubierto, untada de miel para atraer a las voraces hormigas blancas. Estaba meditando sobre el partido que tenía que adoptar, cuando oyó unas voces en la cumbre de

una montaña cercana y las reconoció como las de Hartley y sus subordinados.

Trepó rápidamente por la ladera y salió al paso del malvado Datu, quien trató de justificar su rodeo, anunciando que había peligro.

—Sí, lo sé... He visto a Larson comido por las hormigas —repuso Canavan, acusador.

El traidor Datu, descubierto, desenvainó su puñal y quiso acometerle. Canavan hizo fuego, hiriéndole en la nuca; los portadores de la dinamita saltaron al abismo, pero lograron salvar un cajón. Ataron las manos de Datu a la espalda y Canavan habló unos instantes con Hartley. Se encargaría de hacer volar el dique, llevando como escudo al malayo. Más tarde se reuniría con ellos en el río.

El plan del médico se desarrolló como una seda. Caminaron una hora y ya cercanos al dique, Datu pagó todas sus traiciones y fechorías cayendo en una trampa preparada por sus correligionarios y de la que escapó milagrosamente Canavan. Sin desalentarse por esta contrariedad, Canavan llegó al dique y depositó unos cartuchos de dinamita al pie de las rocas que lo formaban. Poco más tarde volaba en mil pedacitos.

Cuando Canavan se reunió con el resto de la tropa el agua tomaba de nuevo su curso normal, pero un terrible presentimiento turbaba la alegría y la gloria de la hazaña que acababa de realizar. Había visto tembloroso el campamento de Alipang y sólo era posible deducir que el reyuelo iba a atacar al poblado. Hartley se repuso de su sorpresa.

—¡Todos los hombres a construir balsas!

—Capitán, recogeré un par de hombres y me iré en la primera balsa—comunicó el médico.

La vuelta del río causó un extraordinario júbilo en Malsang, que no tardó en ser enfiado por el disparo de aviso de un centinela. Los malayos de Alipang desembarcaban en la playa. Los pobladores se refugiaron en el fuerte y se aprestaron a la defensa, dirigidos por MacCool, logrando rechazar a sus feroces enemigos con extraordinario valor. Otro nuevo intento de asalto fue asimismo repelido con hajas muy sensibles por parte de los malayos.

Alipang comprendió que se hallaba en manifiesta inferioridad para combatir con arma blanca contra los fusiles

de los soldados. Se apoderó de unos iadénos y los amestó hasta que le confesaron cuál era el lugar en que los militares escondían sus armas. Lo demás fué coser y cantar para el cabecilla. Havió a muchos de sus secuaces dentro del reducto empleando el ingenioso procedimiento de curvar unas palmaras, hacer cabalgar en ellas a un malayo y soltar el árbol, el cual, al erguirse de nuevo, lanzaba a los hombres al interior del fuerte, y no tardaron en ser dueños de la situación en aquel lugar, haciendo pasar rápidamente las armas de mano en mano hasta el exterior.

Linda fué enviada por MacCool en busca de municiones para alimentar la ametralladora que disparaba el teniente, y descubrió la invasión de los malayos. Corrió hasta MacCool, el cual, empujando su revólver, dobló la esquina formada por los sacos terrores y puso en fuga a los atrevidos. Pero, antes, uno de ellos hizo fuego con un fusil y el proyectil le atravesó el pecho. Ya agonizante volvió a levantar su arma, pero no saltó de ella ningún disparo. Al regresar Linda con los proyectiles necesarios, MacCool había dejado de existir.

La situación del fuerte era precaria. Los malayos lo atacaban por diferentes sitios, riéndose de los obstáculos y haciendo un mortífero fuego desde los sitios que conquistaban. No tardaban mucho los iadénos en rendirse.

Canavan, que había perdido a sus compañeros de navegación en el río, se presentó, corriendo sobre los tejados de

las casas para huir de los malayos que le perseguían, y llevó con su valor la moral de los defensores, empujándolos para que resistieran. Rechazó varios ataques con los cartuchos de dinamita que le sobraron después de volar el dique, retrasando los avances de los malayos, con lo que ganaba el tiempo necesario para sostenerse hasta la llegada de Hartley.

Los salvadores bogaban rápidamente en dirección de Marang, percibiendo claramente las detonaciones del fuerte. Los soldados esforzaban sus músculos en la impropia tarea de apresurarse, eludiendo las rocas que cruzaban el río. Por fin, tocaron la orilla del poblado y el capitán concedió el mando a Yabo, puesto que él estaba ciego. Formaron cuadro y los providenciales salvadores diezmaron a los malayos.

—¡Yabo!—le gritó de pronto Canavan, señalándole al reyuelo que intentaba huir.

Alipang estaba en medio del puente, dispuesto a salvar su vida, pero el valiente le hizo valerosamente frente. Segundos más tarde las aguas del río arrastraban el cuerpo del malvado, mientras Linda y Canavan abrazaban al capitán.

Dos semanas más tarde Hartley, Linda, el doctor Canavan, cuyos destinos se unían para siempre, y Miguel, partían de la isla aclamados por los agradecidos nativos que al fin vivirían felices, en tanto que el padre Felipe traza sobre ellos su bendición.

FIN

Títulos publicados:

EL SIGNO DEL ZORRO

EL HIJO DE MONTECRISTO

¡QUÉ VERDE ERA MI VALLE!

EL CAPITÁN CAUTELA

EL LIBRO DE LA SELVA

ESTUDIANTES DE OXFORD



Seguando pueblo tras pueblo y ayudando a sus pobladores.



El Alto Mando internacional decidió retirar las tropas.



Bill Cooney desmontando portales de un sorprendente equipo.



Los señores MacDonal y Larson no pudieron dar crédito a sus ojos al verlo llegar.



Salí del río empujando un sillón patagón.



Los reválteres de los oficiales hicieron fuego.



Cuando se arrodillaron junto a mí jefe éste agonizaba.



Y todas las balas de Cameron habían estado blancas.



MacCool y Larsen hablan capturado a dos guineas en el bosque.



Canzrau chocó pronto, con sus métodos, con el capitán instructor.



Las horas libres de servicio las pasaban los tres amigos gratamente.



Se apodó del río de uno de los centinelas.



Los actores están demasiado fuertes para estarles obsecrando.



Canavan se dirigió al puerta a presenciar la descarga.



Los autores Manning y Lindé desahucaron.



Linda empezó a darse cuenta de que su cuerpo se inclinaba en favor de Canavan.



*En amor a Caravaca y los consejos de la viuda
le deciden a quedarse en Mexiang.*



Corta de un desfilado la cuerda de un puente.



Libándose de esta manera de sus importantes enemigos.



Se les tributa una acogida cordial.



Lecun y MacCoul habían arrodillado al indio muerto.



1

Interrogando Hartley y sobre la conducta de Covarras.



Nadie podía explicar el motivo de la fuga.



Linda ofreció su ayuda y fue aceptada inmediatamente.



—¿Qué significas hoy a tu primo cuando vuelves?



Pudo Wayanxticar que la salud y la fortaleza del teniente triunfaron.



La contempló reflexivamente durante unos minutos.



Cerró el encuentro de unos hombres que cargaban a Miguel.



Descubierta el lugar en donde había perecido la expedición.



Canavos hizo fuego hirviéndolo en la muerte.



Atraves las manos de Dato y la expedición.



Canavos llegó al fique y depositó unos cartuchos de dinamita.



— ¡Todos los hombres a construir balsas!



La vuelta del río causó un extraordinario júbilo en Matang.



El proyectil le atravesó el pecho...



Ya agonizante valió a levantar su arma.



Los matapan se atacaban por diferentes sitios.



Reanudó varios ataques con los cartuchos de dinamita.



Los salvadores llegaron rápidamente en dirección de Maxang.



Por fin, torcieron la orilla del río y destruyeron a los matapan.





Editorial Imp. M. PELICER

Manresa, 111-Teléfono 78192

SERIE
"PELICULA GRAFICA"